

Tras la captura de Maduro, el mercado “lee” a Venezuela como una jugada petrolera: suben las grandes energéticas y el crudo se mueve con cautela

La operación de EE.UU. abrió expectativas de reapertura petrolera y reordenamiento de flujos comerciales, impulsando acciones del sector y bonos venezolanos; para Chile, el impacto directo es acotado, pero el escenario puede cambiar precios, rutas y reglas en un intercambio hoy pequeño y concentrado en alimentos y fertilizantes.

La madrugada y el fin de semana dejaron una imagen política de alto voltaje: la captura de Nicolás Maduro por fuerzas estadounidenses. El lunes siguiente, la foto empezó a traducirse en números. No fueron solo titulares: en las pantallas de Wall Street y en los terminales de traders apareció un patrón nítido. El mercado no estaba reaccionando únicamente a un cambio de mando potencial, sino a la posibilidad —todavía incierta— de que Venezuela vuelva a ser un actor petrolero “normal” en el circuito occidental, con sanciones redefinidas, contratos revisados y un rediseño del mapa de abastecimiento de crudos pesados. El primer reflejo no estuvo en el barril, sino en las acciones. La energía fue uno de los motores del día bursátil: se reportaron alzas relevantes en petroleras y firmas de servicios ligados a extracción y mantención de campos, al calor de la expectativa de inversión y retorno operativo en un país con infraestructura deteriorada. Medios estadounidenses y agencias consignaron avances en papeles como Chevron, Exxon Mobil y ConocoPhillips, junto a nombres de servicios como Halliburton, con subidas asociadas a la idea de “reconstrucción” del sector venezolano y una eventual ventana de negocios para compañías norteamericanas. Ese comportamiento tiene una lógica económica directa: cuando la política abre una puerta, el mercado intenta adelantar quién la cruzará primero. En Venezuela, la ventaja aparente la tiene quien ya mantenía presencia o licencias especiales y, luego, las compañías con experiencia en crudos pesados, reclamaciones históricas o intereses en arbitrajes. En paralelo, el entusiasmo no

equivale a certezas: el rally accionario se explica más por “opciones” futuras que por flujos inmediatos de caja. Los inversionistas, en simple, están comprando probabilidad, no barriles disponibles mañana.

EL PETRÓLEO REACCIONA, PERO SIN GRITAR

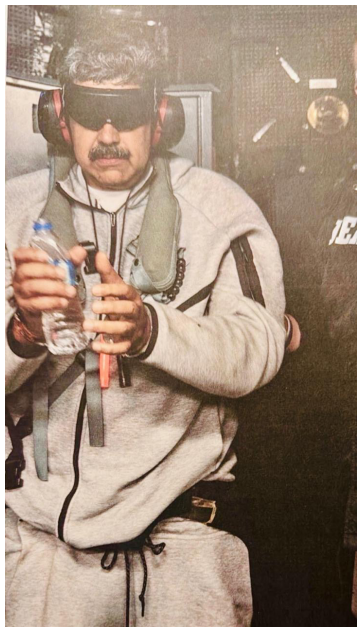
La segunda línea del tablero fue el precio del crudo. La noticia empujó variaciones al alza en algunos momentos, aunque con oscilaciones y un mensaje de fondo: el mercado energético global no cree que la captura cambie la oferta venezolana en el corto plazo de forma automática. Reportes de prensa situaron el movimiento del WTI y el Brent como moderado, en comparación con el tamaño del hecho geopolítico, precisamente porque una cosa es el giro político y otra el retorno productivo de un país donde la cadena completa —pozos, diluyentes, mejoradores, refinerías, puertos, navieras, aseguradoras— opera con fragilidades acumuladas. A esa cautela se suma un elemento clave: Venezuela exporta crudos mayoritariamente pesados y extrapesados, que requieren mezclas y condiciones logísticas específicas. Cuando el mercado imagina un repunte de producción venezolana, no piensa en “más petróleo” genérico, sino en más crudo pesado para refinerías diseñadas para ese insumo. Por eso, el impacto puede ser desigual: gana el refinador que necesita esa dieta, pierde quien compite en calidades similares o vende sustitutos. Reuters describió, por ejemplo, un escenario donde refinerías estadounidenses

podrían beneficiarse si se reencauzan flujos hoy dominados por compradores asiáticos, mientras competidores enfrentarían una presión distinta en precios relativos.

Lo paradójico es que, al mismo tiempo que el mercado sueña con “normalización”, se informan tensiones operativas que podrían frenar cualquier optimismo. Un despacho de Reuters señaló recortes de producción impulsados por restricciones de exportación y problemas de almacenamiento, en un cuadro donde la logística del crudo se vuelve cuello de botella. En otras palabras: la política cambia rápido; la ingeniería petrolera, no.

BONOS VENEZOLANOS: EL OTRO TERMÓMETRO DEL SHOCK

Si las acciones reflejan apuestas de negocio, los bonos reflejan apuestas de reordenamiento institucional. Y ahí el golpe fue más evidente. Los papeles venezolanos en default —y también los vinculados a PDVSA— tuvieron saltos significativos, en un repunte atribuido a la expectativa de que se abra, por primera vez en años, una ruta creíble hacia una reestructuración de deuda externa y acuerdos con acreedores. Reuters reportó avances de precio en esos instrumentos, con la lectura de que un cambio político podría destabar conversaciones que hoy estaban congeladas por sanciones, litigios y aislamiento financiero. Esa reacción, sin embargo, no es sinónimo de “solución”. Un alza en bonos en default suele decir: “hay más chances de negociación”, no “hay pago asegurado”. La deuda venezolana arrastra una madeja compleja de reclamaciones, arbitrajes,



juicios y acreencias estatales. Además, cualquier administración transitoria enfrenta el dilema de estabilizar la producción petrolera mientras decide qué parte de los ingresos se destina a caja interna, recuperación social o servicio de compromisos externos. La tensión entre reconstrucción doméstica



y señales a los mercados será determinante

VENEZUELA: UNA CANASTA EXPORTADORA DOMINADA POR UN SOLO PRODUCTO

Para entender por qué el mundo mira el petróleo cuando mira a Venezuela basta un dato estructural: la exportación venezolana de bienes, en 2024, se concentró abrumadoramente en crudo. Un reporte con cifras de la Dirección de Estudios de Subrei, indicó que Venezuela totalizó exportaciones por US\$ 13.600 millones en 2024 y que el petróleo representó 72,2% de esos envíos, equivalentes a US\$ 9.850 millones. El resto de la canasta aparece muy por detrás. Incluso otros derivados petroleros se mantienen con una participación secundaria. Esto vuelve extremadamente sensible a Venezuela ante cualquier interrupción, sanción o cambio de compradores: si el crudo se traba, se traba el país. Esa dependencia explica por qué el mercado se mueve con tanta rapidez: no está observando un sector más de la economía venezolana, sino su columna vertebral exportadora.

CHILE-VENEZUELA: INTERCAMBIO PEQUEÑO, PERO CON PRODUCTOS “SENSIBLES”

En el plano bilateral, la relación comercial con Chile no se parece al relato petrolero. No porque Venezuela no exporte petróleo, sino porque Chile casi no lo compra desde ese origen en la foto reciente. Según la ficha anual de comercio bilateral Chile-Venezuela de Subrei, el intercambio alcanzó US\$ 124 millones en 2024, por encima de 2019 (US\$ 57 millones), pero todavía en un nivel reducido en comparación con el



comercio chileno con socios mayores. El detalle es revelador: Chile exporta principalmente alimentos y productos agroindustriales a Venezuela. Los purés y jugos de tomate lideran con US\$ 14,3 millones; también aparecen avena en distintas formas, pasta química de madera, uvas, pasas, salmones congelados y manzanas, entre otros. En las importaciones chilenas desde Venezuela, el primer lugar lo ocupa la urea, utilizada como fertilizante, con US\$ 6,6 millones, seguida por montos menores en carbono y otras categorías. Aquí está la clave para el análisis económico: aunque el intercambio sea acotado, la urea no es un producto cualquiera. Los fertilizantes suelen amplificar volatilidad cuando hay incertidumbre política, restricciones de transporte o cambios abruptos en proveedores. Un shock en el suministro o en la cadena de pagos puede sentirse aguas abajo en costos agrícolas. El volumen mencionado en la ficha bilateral no sugiere dependencia total, pero sí un canal por el que puede transmitirse ruido de mercado hacia precios internos, en un momento donde el agro vigila cada punto de costo.

INTERCAMBIO COMERCIAL Y GEOPOLÍTICA: EL VERDADERO “PRECIO” ESTÁ EN LAS REGLAS

El capítulo más delicado no es el de los volúmenes actuales, sino el de las reglas futuras. Si Estados Unidos redefine su relación comercial con Venezuela, lo que cambia no es solo a quién se le vende el crudo, sino cómo se financian embarques, qué aseguradoras cubren rutas, qué bancos procesan pagos y bajo qué normativa operan licencias y certificados. Ese



conjunto de condiciones es el “sistema circulatorio” del comercio internacional. Los reportes de estos días ya apuntan a tensiones y reajustes. Reuters describió sanciones recientes y una presión creciente sobre transportistas y actores asociados a flujos de crudo venezolano, lo que afecta a la logística y puede reconfigurar destinos. En ese marco, el impacto sobre Chile podría venir más por efecto indirecto que por vínculo directo: variaciones en precios internacionales de energía, cambios en disponibilidad de ciertos combustibles o derivados, ajustes en fletes marítimos, e incluso ruido financiero que empuje a los inversionistas hacia activos refugio, alterando condiciones de financiamiento para mercados emergentes. Medios internacionales reportaron movimientos paralelos en activos considerados seguros en medio de la incertidumbre.

TRES ESCENARIOS PARA EL COMERCIO: DEL REBOTE ESPECULATIVO A LA RECONFIGURACIÓN REGIONAL

En el corto plazo, el mercado opera con dos velocidades. La primera es la financiera: acciones, bonos y commodities se mueven con expectativas. La segunda es la real: producción, contratos, infraestructura y gobernanza necesitan meses o años. Un escenario optimista —desde la lógica de mercado— imagina una administración transitoria capaz de estabilizar el país, otorgar garantías jurídicas, reactivar inversión y elevar exportaciones de crudo de manera gradual. Allí, el comercio global podría incorporar más oferta de petróleo pesado, con efectos particulares sobre refinadores y sobre descuentos que hoy benefician a compradores que asumían

riesgos de sanciones. Un escenario intermedio asume disputa política prolongada, incertidumbre legal y reactivación parcial. Aquí, la volatilidad domina: el petróleo sube y baja con titulares, mientras el comercio real se vuelve errático. Para Chile, significaría convivir con cambios de precios internacionales sin una ganancia directa clara, salvo oportunidades puntuales para exportadores de alimentos si la demanda venezolana se recompone con mayor normalidad de pagos. Un escenario crítico considera escalamiento diplomático, mayor fragmentación y restricciones adicionales. En ese caso, las cadenas de suministro se tensan, el costo logístico sube y los fertilizantes —entre otros— pueden enfrentar presiones. El comercio bilateral seguiría siendo pequeño, pero más impredecible.

LA PREGUNTA QUE QUEDA ABIERTA

El mercado ya entregó su veredicto inicial: la captura de Maduro se leyó como un evento con implicancias petroleras y financieras, no solo políticas. Las alzas en energéticas y el salto de los bonos sugieren que los inversionistas, al menos por ahora, asignan probabilidad a un cambio de reglas que acerque a Venezuela al circuito occidental, aunque el crudo haya reaccionado con prudencia por las limitaciones técnicas y logísticas evidentes. Para Chile, el intercambio con Venezuela muestra un perfil distinto al del relato global: alimentos hacia Caracas, urea hacia acá, y un volumen total que, pese a crecer respecto de años anteriores, sigue siendo menor. Pero en economía internacional, lo pequeño no siempre es irrelevante: basta que cambien las reglas del juego —sanciones, rutas, seguros, financiamiento— para que una relación de bajo volumen se convierta en un canal de riesgo o una ventana de oportunidad. En el fondo, la noticia dejó una pregunta económica tan concreta como difícil: ¿será Venezuela un “proyecto de reconstrucción” para la industria energética estadounidense, o un nuevo foco de inestabilidad que encarezca el comercio y altere precios a escala regional? Los mercados ya se movieron. Ahora falta lo más lento: que la realidad confirme, o desmienta, la apuesta.

